Conferencia Episcopal Española
Asamblea Plenaria
Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo - Presidente

Discurso

XCVIII Sesión 2/2011

XCVIII Sesión 2/2011

21 de noviembre de 2011

Queridos hermanos cardenales, arzobispos y obispos, señor Nuncio, colaboradores de esta Casa, señores y señoras:

La Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal comienza hoy, según el calendario previsto, su nonagésima octava Reunión ordinaria. Al tiempo que agradezco a nuestro Señor que podamos encontrarnos una vez más para ayudarnos en nuestro servicio al pueblo de Dios, doy a todos los hermanos obispos la más cordial bienvenida y saludo con todo afecto a quienes nos acompañan en esta Sesión inaugural.

Deseo comenzar notando que se encuentra por primera vez entre nosotros el señor obispo de Huesca y de Jaca, Mons. D. Julián Ruiz Martorell, consagrado el día 5-3-2011 en la Catedral oscense; y también el señor obispo de Tarazona, Mons. D. Eusebio Hernández Sola, consagrado el 19-3-2011 en Veruela. Para ellos nuestra más cordial enhorabuena y nuestras oraciones. Mons. D. Rafael Zornoza Boy ha tomado posesión de la Diócesis de Cádiz-Ceuta el pasado día 22-10-2011. Encomendamos al Señor la nueva misión que le ha sido confiada. En las manos del Padre de las misericordias y de todo consuelo ponemos el alma de los dos hermanos que han muerto en estos meses: el obispo emérito de Guadix, Mons. D. Juan García-Santacruz Ortiz, fallecido el 12-3-2011, y el arzobispo emérito de Valencia, cardenal D. Agustín

En primer lugar, hay que mencionar la peregrinación de la Cruz de las Jornadas Mundiales y del Icono de la Virgen por toda la geografía española a lo largo de dos intensos años. El camino comenzó en Roma, el Domingo de Ramos de 2008, cuando los jóvenes y el arzobispo de Sídney, sede de la anterior Jornada Mundial, hicieron entrega de la Cruz y del Icono a los jóvenes y al arzobispo de Madrid, en presencia del Papa. Allí arrancó su recorrido por todas las diócesis de España, a partir de las de Madrid. Vosotros, queridos hermanos en el episcopado, sabéis bien lo que supuso aquella peregrinación. Muchos habrían deseado que la Cruz y el Icono se hubieran podido quedar por más tiempo. Su presencia fue ocasión para un espléndido testimonio público de la fe, para la adoración orante y para la penitencia que sigue a la conversión; todo protagonizado por los jóvenes de las diversas comunidades diocesanas, que participaron en los actos con un fervor y afluencia desconocidos, junto con padres, educadores y sacerdotes.

En segundo lugar, no podemos dejar de mencionar la caudalosa corriente de oración e intensa plegaria que surcó sin parar los campos de nuestras Iglesias diocesanas en aquel tiempo de preparación. Ocupan aquí un lugar eminente las comunidades de religiosas contemplativas de toda España, pero tampoco se pueden olvidar tantas y tantas comunidades parroquiales, asociaciones piadosas, de apostolado, etc.; y tantas almas, que presentaron en escondido su oración al Padre, haciendo ofrenda personal de sus vidas por los frutos de la Jornada Mundial de la Juventud. Solo Dios sabe los nombres de todos ellos. Pero estamos seguros de que sin el fluir de la oración y del sacrificio así ofrecidos no hubiera sido posible el acontecimiento de gracia que se nos ha dado vivir.

En tercer lugar, ya a las puertas de la semana culminante de Madrid, tuvieron lugar los llamados ”Días en las Diócesis”. Fueron días en los que las comunidades diocesanas pudieron recoger los frutos de maduración interior y de compromiso apostólico a los que había conducido la peregrinación previa de la Cruz y el Icono de la Virgen por toda España, cuando llegó el momento de acoger a jóvenes peregrinos venidos de todos los puntos del planeta, en número cercano a los doscientos mil. A estos jóvenes se les ofreció la posibilidad de un encuentro vivo con la historia y la realidad presente de la Iglesia en las distintas ciudades y lugares de España, con sus parroquias, familias, jóvenes, etc. Las comunidades locales, que con tanta generosidad abrieron sus puertas a los peregrinos, se vieron agraciadas, en un

a los catorce mil. Fueron también muchos consagrados y guías de la juventud los que acompañaron a los jóvenes en esta magna asamblea. No hay duda: los jóvenes son los protagonistas de la JMJ. Pero la JMJ no ha sido una concentración azarosa y amorfa; la JMJ ha sido una gran asamblea de comunión eclesial. Los números no valen solo de por sí: no se trata antes que nada de enumerar grandes cifras. Lo importante ha sido la cualidad eclesial de los grandes números. Lo emocionante ha sido el buen ser Iglesia de tantos y tantos jóvenes en torno a Pedro, con sus pastores y con sus educadores en la fe, poniendo de relieve que la Iglesia, en su comunión jerárquica, es un don inapreciable de Dios para la humanidad.

La Jornada fue una experiencia festiva: sencillamente, ¡una Fiesta, con mayúscula! Porque hizo aflorar desde el fondo de tantas almas jóvenes la inconfundible verdadera alegría de la fe: esa que es posible vivir en la generosidad del sacrificio y en las contrariedades personales y sociales e incluso en la persecución; porque es la alegría que brota del existir personal en Cristo, en quien se ha encontrado al Hermano, con quien somos hijos del Padre; al Amigo, que da su sangre redentora por nosotros y nos fortalece con su Espíritu; al Señor, a quien es posible consagrar por entero la vida y la muerte. El encuentro con Cristo se celebra festivamente en el sacramento del perdón y en la participación activa en la mesa del sacrificio eucarístico. En este contexto, la consagración que el Papa hizo de los jóvenes al Sagrado Corazón de Jesús, ante la custodia, en la Vigilia de Cuatro Vientos, adquirió un relieve y una fuerza totalmente única: «*mira con amor a los jóvenes aquí reunidos —rogaba el Papa—. Han venido para estar contigo y adorarte. Con ardiente plegaria los consagro a tu Corazón para que, arraigados y edificados en Ti, sean siempre tuyos, en la vida y en la muerte*»[2].

La JMJ, en fin, si fue una emocionante experiencia eclesial y una fiesta perfecta es porque ha pivotado sobre la edificación de la vida de los jóvenes en Cristo, piedra angular de todo el edificio. Todo tiende en la JMJ a ese fin. En la misa de apertura de la Jornada, el obispo diocesano de Madrid, al dar la bienvenida a los jóvenes, centró su homilía precisamente en este punto, en el que se halla «*la clave del éxito de toda Jornada Mundial de la Juventud*», es decir, en «*dejarse encontrar por Él*»[3], por el Señor. Se celebró la misa de la memoria del beato Juan Pablo II, el providencial iniciador de las jornadas mundiales, un ”valiente de Cristo” a quien nada pudo apartar de su amor, hecho en el que radica el secreto de la confianza que

conoce de verdad el camino del hombre hacia Dios»[4]. Ese es el camino de la felicidad y de la libertad —les recordaba— no el de creerse dioses que «*desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no*»[5].

En el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el Papa sostuvo sendos encuentros con religiosas y profesores universitarios jóvenes. El entusiasmo fue indescriptible en ambos casos. El Santo Padre les emplazó a vivir a fondo su vocación, con fidelidad generosa a Jesucristo y a la Iglesia. A ellas les recordó que la radicalidad evangélica de la vida consagrada «*significa ir a la raíz del amor a Jesucristo, con un corazón indiviso, (...) con una pertenencia esponsal como la que han vivido los santos*». Lo cual «*cobra una especial relevancia hoy, cuando se constata una especie de eclipse de Dios*»[6]. A los profesores les animó a ejercer como verdaderos maestros, hablándoles de que su tarea de universitarios consiste en la búsqueda de la verdad, antes que de la eficacia instrumental; y de que la verdad es inseparable del bien. Por eso —les dijo— «*no debemos atraer a los estudiantes hacia nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos; (...) a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad*»[7].

El Santo Padre presidió el ejercicio del viacrucis que, en la tarde del viernes, discurrió, en medio de un gran silencio, entre las plazas de Colón y Cibeles. Al final, invitaba a los jóvenes a llenarse del amor a Cristo, para entregarse, con Él, al amor a los hermanos: «*La pasión de Cristo nos impulsa a cargar sobre nuestros hombros el sufrimiento del mundo, con la certeza de que Dios no es alguien distante o lejano del hombre y sus vicisitudes. Al contrario, se hizo uno de nosotros para poder compadecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre; (es) el consuelo del amor participado de Dios, y así aparece la estrella de la esperanza*»[8].

En la mañana del sábado, la Catedral de Madrid no podía contener a los miles de seminaristas, venidos de todo el mundo, que llenaban también la explanada a la que el templo se abre, para participar en la celebración de la santa misa, presidida por Benedicto XVI. El Papa les dijo que «*al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos*»; les recordó que «*como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre*»; y, por eso, les exhortó a «*configurarse cada vez más con Aquel que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima; la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida*»[9]. «*Una vida*

ha engendrado en la fe, que os ha permitido conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor»[12].

No podía el Papa volver a Roma sin haberse encontrado con los voluntarios que ayudaron decisivamente al buen desarrollo de la JMJ. Camino del Aeropuerto de Barajas hizo un alto en la Feria de Madrid, donde le esperaban en un gran pabellón miles de aquellos chicos y chicas de la camiseta verde. Fue una despedida intensa, como a un gran amigo. El Papa les dio las gracias, pero les hizo también una última petición: es —les dijo— «*la misión del Papa, el Sucesor de Pedro, (...) que respondáis con amor a quien por amor se ha entregado por vosotros*». Y precisó, como resumiendo todo: «*Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor*»[13].

II. Frutos de la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011

1. Frutos inmediatos y de fondo

No podemos desperdiciar la gracia tan singular de la JMJ de Madrid, a la que el Papa ha calificado como «*una estupenda manifestación de fe para España y, ante todo, para el mundo*»[14]. Hemos de recoger sus frutos y hemos de aprovechar el impulso apostólico que de ella se deriva para proseguir con decisión y confianza la tarea de la nueva evangelización en todos los campos, pero, en particular, en la pastoral juvenil.

No es posible medir ni contar los efectos exactos que la gracia de la JMJ haya podido tener en el corazón de los fieles, jóvenes y mayores. Pero sí sabemos que son muchos los jóvenes y los mayores que han sido tocados por esa gran manifestación de fe; y que no son pocas las conversiones que se han operado y que seguirán produciéndose gracias a ella. Muchos han vuelto a recibir los sacramentos mejor

presentándose como voluntarios de la caridad; se espera, en particular, la contribución personal de los jóvenes.

Pero también continúa, sin duda, siendo particularmente urgente apuntar a las causas más profundas de la crisis, tan claramente señaladas en el magisterio de Benedicto XVI a partir de su Encíclica *Caritas in veritate*, y recogidas por la *Declaración ante la crisis moral y económica*, publicada por esta Asamblea Plenaria[16]. Se trata, en síntesis, y en el fondo, de la pérdida de valores morales, que va de la mano del relativismo, y del olvido de Dios y de su santa Ley, cuyas consecuencias son la corrupción política y económica, la codicia, la búsqueda del propio interés a toda costa, el menosprecio de la vida humana mediante políticas y conductas abortistas y antinatalistas, la desprotección y la disolución institucional del matrimonio y de la familia, la instrumentalización y el deterioro de la educación. Todo ello no puede conducir más que a situaciones sociales y económicas muy delicadas.

Los jóvenes son precisamente los más afectados por ese trasfondo de relativismo moral, de escepticismo espiritual y religioso y de concepción egocéntrica e individualista del ser humano y de la vida, que tanto daño les causa a ellos mismos y al conjunto de la sociedad. Ellos deben ser protagonistas de su propio presente y futuro. Pero para ello es necesario que se les ofrezcan los medios adecuados, empezando por una educación integral, que no se reduzca a una pobre y a veces inmoral transmisión de conocimientos, sino que les capacite para el desarrollo de todas sus posibilidades humanas. Solo así se podrá contar con ”hombres rectos” —como dice el Papa— de quienes quepa esperar una justa y solidaria comprensión del bien común y del desinteresado y entregado ejercicio del trabajo y de la autoridad en la sociedad y en la comunidad política.

III. Hacia el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal

1. Pastoral de la juventud

La pastoral juvenil va bien cuando el conjunto de la vida de la Iglesia tiene buen pulso apostólico

contenidos de la fe, sin el que es difícil, por no decir imposible, la comunión en la Iglesia. Un campo doctrinal especialmente urgente para los jóvenes en las circunstancias actuales es el del Evangelio del amor: la educación para conocer y vivir la verdad del amor humano en Cristo.

Naturalmente, la comunión con Cristo en la Iglesia tampoco es posible sin el cultivo de los otros elementos esenciales de la vida cristiana, como son la participación activa en la liturgia y en la oración. Los jóvenes son capaces de tal participación y están abiertos a comprenderla y a vivirla mejor. Será necesario facilitarles los medios adecuados.

Como hemos recordado hace un momento, el Papa se dirigió a los jóvenes durante la JMJ con un lenguaje estimulante y exigente, para proponerles el camino de la santidad, invitándoles a descubrir la voluntad de Dios sobre sus vidas y a responder con amor decidido. La pastoral juvenil ha de mantener constantemente esa interpelación personal; ha de ser capaz de ofrecer cauces para que los jóvenes puedan acceder al encuentro personal con Dios en Cristo y para ser capaces de ordenar su vida de modo duradero hacia Él. Ese ha de ser el objetivo de todas las actividades, acciones y planificaciones. Que los chicos y chicas, que se encuentran en un momento de la vida en el que han de tomar opciones muy determinantes de toda su existencia, puedan hacerlo en la perspectiva básica de llegar a ser santos en todo: en el estado de vida elegido; en la profesión para la que se preparan o que desempeñan; en el trabajo, en el ocio y en el disfrute de la creación y su belleza; en las relaciones de amistad; en la alegría y en el dolor.

La introducción de los jóvenes a los caminos de una vida cristiana seria, que aspira a la santidad, exige que se les ofrezcan ámbitos donde eso sea realmente factible. Será muy difícil que ese propósito fundamental de la pastoral juvenil cuaje realmente en hechos si los jóvenes participan en actividades apostólicas más o menos esporádicas y quedan luego abandonados a los ambientes y grupos de diversión despersonalizadora e inmoral, o se les deja solos consumiendo su tiempo aislados frente a alguno de sus aparatos informáticos o de comunicación. Es necesario ofrecerles cauces asociativos: a poder ser los ya conocidos y experimentados, sean antiguos o más nuevos, siempre de acuerdo con las enseñanzas y directrices del Papa. No es nada aventurado afirmar que sin tales cauces asociativos no hubiera existido

y también, a difundir la figura y la doctrina del nuevo doctor. El santo Patrono del clero secular español, ahora con una nueva proyección, será sin duda un estímulo para los nuevos evangelizadores que hoy se necesitan.

Por otro lado, en el año 2015 se celebrará el quinto Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, la primera mujer declarada doctora de la Iglesia. Estudiaremos la conveniencia de solicitar la convocatoria de un Año jubilar teresiano, centrado especialmente en el cultivo de la oración, de la que la santa abulense fue y es maestra consumada. En cualquier caso, esta efemérides nos ofrece una ocasión particular para orientar nuestros planes apostólicos de manera más decidida en la perspectiva de la santidad. La figura de la santa abulense ha jugado un papel decisivo en la historia moderna de la mujer en la Iglesia. Su influencia espiritual en ese fascinante panel de mujeres santas, que a lo largo, sobre todo, de los siglos XIX y XX, ha enriquecido a la Iglesia con múltiples iniciativas de caridad, apostólicas y misioneras, ha sido extraordinaria.

Pronto va a hacer un año de la publicación de la *Sagrada Escritura. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. La acogida que esta obra ha experimentado es, gracias a Dios, muy buena. También en los países hermanos de lengua española. Ahora, a partir del próximo año, irán apareciendo los nuevos libros litúrgicos, que incorporarán la traducción bíblica de la versión oficial de la Conferencia. Se dará a conocer oportunamente un calendario indicativo de la publicación progresiva de esos nuevos libros. Dios mediante, para el Año litúrgico 2012/2013 se podrá disponer ya de los leccionarios básicos para ese año. Estos acontecimientos son también ocasiones hermosas para la nueva evangelización. En concreto, ofrecen la oportunidad de ahondar en el significado de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia[19] y también de la sagrada Liturgia como lugar especialmente apto para el encuentro con Cristo-*Verbum Domini*: el Verbo eterno del Padre[20].

A modo de conclusión

NOTAS:

[1] Benedicto XVI, Audiencia General del 24-8-2011; y en Benedicto XVI, *Discursos en la Jornada Mundial de la Juventud* en Madrid, edición preparada por Jesús de las Heras Muela, BAC, Madrid 2011, p. 133.

[2] Benedicto XVI, *Oración de consagración de los jóvenes al Sagrado Corazón de Jesús*, Vigilia de Cuatro Vientos, 20-8-2011; y en *Discursos*, BAC, p. 97.

[3] Antonio María Rouco Varela, Homilía en la Misa de apertura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud; y en *Discursos*, BAC, p. 20.

[4] *Discursos*, BAC, p. 51.

[5] *Discursos*, BAC, p. 53.

[6] *Discursos*, BAC, p. 58.

[7] *Discursos*, BAC, pp. 66 ss.

[8] El Papa cita aquí su Encíclica *Spe salvi*, 39: *Discursos*, BAC, p. 70.

[9] *Discursos*, BAC, pp. 75 y 77.

[18] Benedicto XVI, *Porta fidei. Carta Apostólica en forma de Motu proprio con la que se convoca el Año de la fe*.

[19] Cf. XCI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*.

[20] Cf. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*, 30-9-2010.

[21] *Discursos*, BAC, p. 42.

[22] *Discursos*, BAC, p. 128.